

El Megalitismo de Galicia como humanismo

JOSÉ MANUEL VÁZQUEZ VARELA*

A la memoria de M^a Teresa Vázquez Crespo

Se presenta un ensayo antropológico sobre la significación de lo humano en el Megalitismo de Galicia a partir de las últimas publicaciones sobre sus aspectos sociales, ideológicos y religiosos (Vázquez, J. 1993, 1994).

EL HUMANISMO MEGALÍTICO

Acostumbrados al uso restringido que se hace de la palabra humanismo, referido a menudo al conjunto de nuevas orientaciones sobre lo humano aparecidas en el Mundo Clásico y el Renacimiento europeo, puede parecer a primera vista un despropósito emplearlo para una cultura, que se desarrolló entre el cuarto y el segundo milenio antes de Cristo, de acuerdo con las dataciones convencionales del carbono catorce.

Si por el contrario se entiende por tal el conjunto de creencias, ideas y valores positivos hacia las personas y su papel, destacando su importancia, resulta ya más orientativo el término, aunque su aplicación no dejará de causar cierta extrañeza a los conocedores de los estudios de corte tradicional sobre la Prehistoria.

Aquí se emplea para designar el concepto de lo humano que se puede deducir de algunas características del mundo del megalitismo del Noroeste de la Península Ibérica, compartidas en gran medida con los conjuntos megalíticos de la Europa Atlántica. En ellos aparecen importantes novedades con relación al mundo anterior, algunas de las cuales se pueden interpretar como expresiones de una consideración de lo humano muy distinta a la de las culturas anteriores.

Entre las más importantes destacan la humanización del paisaje mediante la agricultura y la ganadería, la primera arquitectura funeraria monumental que exige un cierto grado de esfuerzo comunitario y el importante desarrollo de aspectos de la cultura relacionados con los muertos, acorde con su significación y función a nivel religioso.

*José Manuel Vázquez Varela es Profesor Titular en la Universidad de Santiago de Compostela, en cuya Facultad de Geografía e Historia (Departamento de Historia I) da clases de *Fundamentos da Etnoloxía e Prehistoria do Novo Mundo*. Estudiante de aspectos económicos, sociales, ideológicos y religiosos de la Prehistoria de Galicia, actualmente investiga sobre *Imagen y Sociedad en la Prehistoria y Etnoarqueología*. Su última publicación es: *Ritos y creencias en la Prehistoria Gallega* (Xuntanza Editorial, Coruña, 1994).

1.- LA HUMANIZACIÓN DEL PAISAJE

El elevado número de túmulos, quizás a fines de la época más de veinte mil, para un territorio de algo menos de treinta mil kilómetros cuadrados, y su emplazamiento a lo largo de las vías de comunicación, -hay lugares en el Oeste de A Terra Cha, en los ayuntamientos de Vilalba y Xermade, donde hasta el 70% de las tumbas están alineadas a lo largo de los viejos "camíños reales-", o en lugares de buena visibilidad que es lo más frecuente, hacen notar con fuerza su presencia en el paisaje.

La gran cantidad de tumbas y su dispersión por todo el territorio, desde la costa hasta la alta montaña, son el reflejo de una sociedad muy segmentaria diseminada en muchos hábitats pequeños.

Los lugares de habitación eran perceptibles en el paisaje por su arquitectura y por la deforestación inducida en su entorno, no olvidemos que estamos en la Edad de la Madera mejor que en la de la Piedra Pulimentada, para proveerse de esta materia prima tan empleada, y para dejar espacios abiertos en los que practicar la agricultura y la ganadería.

Estas cicatrices en la cubierta vegetal se ven ampliadas por los caminos y las canteras usadas para las necesidades de la arquitectura y la fabricación de útiles.

La percepción de los numerosos hábitats, los campos cultivados o abandonados después de las rozas, los caminos y las zonas deforestadas por la explotación de la madera, la piedra y el pastoreo, y el volumen de las abundantes tumbas, permiten suponer que debía de ser muy extraño caminar un par de kilómetros por la mayor parte del territorio que hoy es Galicia, sin encontrar huellas de la actividad humana. Esta se hace omnipresente en el paisaje con una intensidad hasta entonces desconocida, que implica visualizar a los humanos en el campo de lo real, la colectividad de vivos y sus obras, y de lo imaginario, el de los muertos.

Los pueblos cazadores-recolectores anteriores al megalitismo también humanizaron el paisaje, pero más por su conceptualización expresada en la imaginería simbólica que por la alteración del medio, a causa de su pobreza demográfica y del uso de una técnica menos agresiva sobre el entorno.

Frente al mundo de los cazadores, "perdidos" en el dominio de la Naturaleza, los megalíticos reconocen en su paisaje la huella clara de su cultura, mediante el trabajo dedicado al mantenimiento de las bases vitales y simbólicas de su sistema cultural. Veían por todas partes la huella de lo humano frente al mundo anterior, donde estaban inmersas en una Naturaleza sin domesticar.

En ocasiones se produce una verdadera reordenación del medio, sobre todo cuando las tumbas no se encuentran dispersas por el territorio en puntos aislados sino que forman necrópolis que en algún caso pueden llegar a tener hasta cuarenta, ocupando una superficie más o menos amplia, o cuando se alinean a lo largo de las vías de comunicación en una extensión de varios kilómetros. De esta forma se establecen como jalones vertebradores de las rutas y orientadoras de la mirada, creando así un nuevo modo de percibirla naturaleza, mediante su señalización estratégica, que orienta los ojos y los pasos de las gentes.

Quizás las tumbas sean metafóricamente un homenaje que los humanos se hacen a sí mismos, independientemente de las funciones más concretas que hayan podido tener en cada caso particular.

Esta humanización real y conceptual del paisaje, -se ven en él por todas partes las marcas de lo humano- y de un modo muy especial el intento de afirmar su triunfo sobre la Naturaleza mediante la exposición de los muertos, es quizás un intento de anular la

condición mortal humana mediante el artificio cultural del culto relacionado con la muerte.

2.- EL ESFUERZO SOCIAL POR LOS MUERTOS

La construcción de una tumba supone esfuerzo de la sociedad para hacerla, existencia de especialistas, amortización de objetos, algunos de ellos valiosos, adquiridos a través de las redes de circulación e intercambio de muchos kilómetros, el diseño de pinturas, grabados y esculturas, e inversión en rituales, que contrastan con su ausencia en los hábitats.

Esta concentración del esfuerzo social, en términos económicos y laborales, en relación con los muertos, es mucho menor en la mayor parte de los grupos de cazadores-recolectores conocidos por el registro arqueológico, etnográfico e histórico. El empleo de la energía y creatividad del grupo al servicio de los difuntos es indicativo de una actitud en la que lo humano, al menos en su dimensión mortuoria, capta y acapara el interés de la sociedad, en una escala hasta ahora desconocida. En los ritos funerarios las personas celebran a las personas, aunque éstas hayan dejado el colectivo de los vivos y pasen a integrar el de los antepasados.

3.- LA DIMENSIÓN RELIGIOSA

En los apartados anteriores se ha recalcado la importancia de los muertos mediante la activa humanización del paisaje con las tumbas en las que se centra un considerable esfuerzo social. Esta importancia, unida al carácter simbólico de las manifestaciones asociadas con ellos, lleva a considerar su función y significado en la religión de la cultura megalítica.

A pesar de las múltiples oscuridades que presenta la investigación del tema, está claro que los muertos juegan un papel muy importante en este mundo, quizás mediante su transformación en antepasados, que en el ámbito de lo imaginario disponen del poder de actuar sobre los vivos, quienes acuden a ellos en demanda de ayuda para el mantenimiento del proceso de producción y de reproducción del grupo. De ser cierta esta hipótesis, una de las más clásicas y extendidas dentro de las interpretaciones de la religión megalítica, estaríamos ante un nuevo fenómeno cultural muy importante. La humanidad, hasta ahora marginada, o al menos subordinada a otras figuras, animales o potencias sobrenaturales muy distintas a las personas en la mitología y el panteón religioso, como ocurre en el mundo de los cazadores-recolectores, pasa a ocupar un lugar más importante dentro de la religión.

Han aparecido numerosas esculturas antropomorfas de piedra en el espacio comprendido entre el anillo peristáltico y la entrada del corredor en varios monumentos megalíticos del occidente de la provincia de A Coruña. Independientemente de su función y significado concreto que hayan podido tener, secular o religioso, personas vivas, antepasados, dioses, etc., son representaciones de la figura humana. Es un paso adelante en la afirmación de lo humano, pues no se encuentra en esta imaginería simbólica, muy posiblemente religiosa, nada de tipo zoomorfo como ocurre en las culturas de cazadores.

Este conjunto de hechos representa la "autocanonización" o sacralización de los humanos mediante los ritos de la muerte, donde los vivos le conceden poder a los muertos en detrimento de otras figuras religiosas. Esto implica un reconocimiento de lo positivo del ser humano, su potenciación a otro orden ontológico, el dominio de lo religioso, y al

tiempo, una trascendencia de sus limitaciones biológicas. Así, elaborando una estrategia para huir de la muerte, el negarla mediante la continuidad más allá de ella en el dominio de lo imaginario, se vence a la Naturaleza mediante la Cultura con la sacralización de lo humano y la antropomorfización del universo religioso.

Este cambio de mentalidad es un hito histórico, pues consiste en la proclamación por excelencia del valor de lo humano a través de los rituales de la muerte evocados en la humanización del paisaje, el esfuerzo social invertido en ellos y la muy probable sacralización de los antepasados.

Este conjunto de hechos supone una huida de lo natural a lo cultural, mediante el simbolismo y el reconocimiento del papel de Hombre en el mundo, que se convierte en una referencia para sí mismo.

CONCLUSIONES

Aunque se han empleado muchas hipótesis en la argumentación, no parece descabellado, a la luz de lo expuesto, llamar humanismo a la mentalidad que convierte a la persona en punto de referencia en el universo físico e imaginario. Quizás no sabremos nunca si esta nueva visión se acerca mucho al clásico "El Hombre es la medida de todas las cosas", pero en todo caso, el dominio sobre la Naturaleza y el dotar a las personas de un puesto con funciones y significados importantes en el universo de lo imaginario, revela una preocupación por lo humano que resumimos tentativamente en la fórmula "La Humanidad se hace presente en todas las cosas".

Esta estrategia de colocar lo humano en el paisaje, la naturaleza modificada, y en el panteón religioso, supone un verdadero dominio real y simbólico, antropomorfizador, de ámbitos hasta ahora no tan controlados y en los que en cierta medida los humanos eran más dependientes y menos protagonistas. Es un fenómeno histórico importante en las sociedades del occidente europeo en su marcha hacia el descubrimiento del Hombre como valor en sí y punto de referencia. □

VÁZQUEZ VARELA, J. 1993. *Arte Prehistórico*, Galicia Arte, IX, Arte Prehistórico y Romano, Hércules de Ediciones. Coruña: 17-233.

VÁZQUEZ VARELA, J. 1994. *Ritos y creencias de la Prehistoria Gallega*. Xuntanza Editorial. Coruña.